



ESPERION
REQUIEM DE UNA ESTRELLA

Óscar Lorente Espín

ESPERION
REQUIEM DE UNA ESTRELLA



Primera edición: junio de 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Óscar Lorente Espín

ISBN: 978-84-18250-65-1

ISBN digital: 978-84-18250-66-8

Depósito legal: M-9275-2020

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedicado al pequeño Kal-El

PRÓLOGO

Hacia más de 100 millones de años que la otrora dorada y cálida estrella Esperión había empezado a experimentar cambios significativos en su aspecto exterior. Unos cambios que penetraban hasta lo más profundo de sus ardientes entrañas, y que presagiaban funestos augurios para los habitantes del planeta Prymus.

Una luz creciente, que empalidecía con el paso de los años, bañaba las enormes estructuras metálicas que se extendían por todo el planeta. Los sensores térmicos registraban un progresivo aumento de la temperatura global de la superficie de Prymus; su ritmo de crecimiento actual era lento pero desafiante, afectando de forma preocupante al clima, según los últimos datos aportados por las estaciones meteorológicas.

Los científicos que trabajaban en los centros foto-estelares eran testigos privilegiados de vigorosas erupciones energéticas producidas en las capas más externas de la gran bola de fuego en que se estaba convirtiendo Esperión. Estas erupciones se proyectaban hacia el exterior sobre la superficie de la estrella y volvían a caer como

auténticos surtidores de lava incandescente, aunque algunas de ellas conseguían escapar al potente campo de fuerza gravitacional.

En un solemne nacimiento entre colosales nubes de hidrógeno molecular, suspendidas en alguna remota región de una galaxia espiral, Esperión había disfrutado, a continuación, de una larga vida de poco más de 10.000 millones de años. Gracias a un firme equilibrio de fuerzas, durante buena parte de todo ese tiempo había impuesto su dominio, iluminando a todo el sistema planetario, del que Prymus era su único orbe habitado. Pero ahora, el inflexible correr del tiempo estaba derrotando a la estrella, queriéndose cobrar su luz y su vitalidad. Después de tan larga vida, la fatiga hacía menguar la compensación de fuerzas que mantenía a Esperión en equilibrio. El hidrógeno de su interior se había estado fusionando durante todo este tiempo creando un nuevo núcleo de helio y liberando, en el proceso, la energía necesaria para soportar el peso de innumerables capas de gas que tendía a hacer colapsar la estrella. Ahora, el hidrógeno del núcleo se había agotado, marcando así el inicio del fin de la estrella. Una descomunal masa de gas se precipitaba violentamente hacia el interior de Esperión; la terrible presión oprimía despiadadamente el núcleo de helio, y la temperatura aumentaba sin cesar hasta unos infernales 100 millones de grados, momento en que una terrible explosión le daba una pequeña tregua a la estrella, iniciándose así su fase terminal.

Con la explosión se había vuelto a encender el gran horno central; sin embargo, ahora, el combustible quemado lo constituía el helio. Durante unas decenas, quizá unos pocos cientos de millones de años, el helio proporcionaría la energía suficiente para devolverle el equilibrio a Esperión, pero su sentencia de muerte ya estaba escrita, y su final estaba cerca —claro está, en unidades de tiempo astronómicas—.

1

EL GRAN CONSEJO DE SABIOS

Cuando El-Gorn salió de su aerodeslizador fijó sus preocupados ojos, flanqueados por incipientes arrugas, en la luz anaranjada procedente de Esperión, y que era arrojada sobre los edificios de Prymus-1, la enorme ciudad-capital del planeta. Se quitó el casco aluminizado mientras deslizaba sus dedos por entre su enmarañado pelo canoso. Recordó la imagen holográfica de una estrella joven que había visto de niño en la escuela; esa imagen formaba ya parte de un pasado remoto, una esfera blanca, radiante en su cenit, que se teñía de tonos naranjas hasta alcanzar un rojo ensangrentado en los ortos y ocasos. Sin embargo, ahora, lo que El-Gorn estaba viendo era una estrella hinchada, donde sus tonos anaranjados dominaban incluso en su cenit, y una escalofriante inmensa bola escarlata se dibujaba cada día, antes del anochecer, en el horizonte.

En la bulliciosa vida diaria, los habitantes de Prymus-1 parecían no darse cuenta de lo que estaba ocurriendo con su estrella. Los aerodeslizadores no paraban de cruzarse en las tres dimensiones, tanto por autopistas terrestres como aéreas. Los edificios metalizados, de grandes ventanales fabricados con polímeros cristalinos que filtraban adecuadamente la cada vez más intensa radiación estelar, hervían de actividad en su interior. Rara vez se veía a sus habitantes caminar por entre los edificios, siempre usaban algún medio de transporte como el bus autopulsado, el metro de campo magnético, aerotaxis o aerodeslizadores particulares. No obstante, los parques y jardines acondicionados con todo tipo de atracciones ofrecían un perfecto lugar de reunión para los habitantes de la ciudad; grandes extensiones de tréboles hacían de alfombra a innumerables especies de árboles, plantas, y flores de los más variados colores; unos serpenteantes canales de agua recorrían todo el parque recogiendo el agua de estanques artificiales y conduciéndolos hasta graciosas fuentes.

Era primera hora de la tarde y hacía calor; pero gracias al traje de fibras inteligentes que El-Gorn llevaba puesto no notaba los efectos de las altas temperaturas. Estos trajes eran un gran invento que se remontaba a tres siglos atrás; estaban compuestos por un tipo de fibras nanoelectrónicas que respondían a determinados agentes externos, como las altas y bajas temperaturas o la humedad, ofreciendo en cada caso la solución óptima para mantener la confortabilidad de la persona. A pesar de

sus más de 50 años, El-Gorn ascendió rápidamente los amplios escalones de granito blanco de la escalera que conducía a la entrada del edificio, sede del Gran Consejo de Sabios. Unas imponentes columnas de piedra que apuntalaban un espectacular friso, tallado con motivos representativos de la antigua gloria de Prymus-1, hacían de centinelas de la puerta, detrás de la cual se discutían los asuntos de estado más importantes.

Nada más entrar en la inmensa sala recubierta de mármol verde y negro que hacía de vestíbulo, se dirigió hacía una puerta situada en el ala izquierda de la gran nave central. Detrás de la puerta había una habitación donde le aguardaban sus cinco compañeros, ya ataviados con sus largas túnicas azules que los identificaban como una de las cuatro facciones del Gran Consejo de Sabios de Prymus.

El-Gorn había sido un notable hombre de negocios; gracias a sus conocimientos en ingeniería láser había fundado unas cuantas empresas que se habían convertido en las más importantes de su sector. Todo ello, unido a su extraordinaria inteligencia, eran motivos suficientes que le habían permitido ingresar en el Gran Consejo de Sabios a la temprana edad de 45 años, habiendo sido así uno de sus miembros más jóvenes.

Una vez dentro de la habitación reservada para los miembros de la facción azul del Consejo, El-Gorn se dirigió hacia su viejo amigo Gair. Este era un hombre anciano de frondosa barba blanca que le brotaba de su afilado mentón y se extendía bajo una larga y fina nariz;

de pronunciada calvicie que insinuaba todo el amplio esplendor de una frente prodigiosa, y que encerraba ideas imposibles para la mayoría de mortales.

—Querido amigo, ¿está todo listo? —El-Gorn inclinó ligeramente la cabeza en señal de respeto y saludó hacia el anciano.

—Nada, nunca está lo suficientemente preparado. Contentémonos con lograr una resolución digna para tan grave problema —Gair observaba con ojos cansados a El-Gorn, mientras este acababa de ajustarse su reluciente túnica azul.

—Los últimos datos recogidos por las sondas estelares revelan un preocupante aumento del tamaño y luminosidad de Esperión. Aquí, en Prymus, los sensores térmicos de las estaciones meteorológicas ya están percibiendo los efectos del aumento de temperatura. Sabemos que la facción gris de Mordai, y, sobre todo, la púrpura de Irnya, nos lo van a poner muy difícil. Tenemos que convencer como sea al emperador y conseguir la aprobación del Consejo para una misión de exploración fuera de nuestro sistema estelar —a El-Gorn se le crispaban los nervios siempre que mencionaba a la facción gris y a la facción púrpura del Consejo.

—No será fácil. El Emperador es débil de carácter, y Abt, ese maldito sacerdote, lo tiene continuamente hipnotizado. En el día de hoy tendremos que ser firmes en nuestras ideas, locuaces en nuestros discursos, y, sobre todo, inteligentes en nuestras intervenciones. Dispongamos una buena retórica que siembre la duda entre nues-

tros enemigos del Consejo, y quizá así, la balanza del emperador oscile hacia nuestro lado —el rostro surcado de arrugas de Gair mostraba signos de preocupación, pues jamás en la historia del Gran Consejo se había tenido que tomar una decisión tan importante como la de decidir el destino de todos los habitantes de Prymus.

Una gran lámpara con forma arácnida dominaba el amplio salón donde se celebraban los consejos. Un espacio frío, de paredes grises y suelo brillante, con largos ventanales que filtraban la luz procedente de Esperión; pero que, en breve, los miembros del Consejo se encargarían de calentar con su debate.

Los 24 sabios que, divididos en cuatro facciones de seis miembros cada una, conformaban el Consejo de Sabios, fueron sentándose en amplios butacones dispuestos en un semicírculo de doble fila. El primer sector del semicírculo lo ocupaban los miembros que vestían túnica gris; a continuación, los dos sectores centrales eran ocupados por los miembros que vestían túnica púrpura y túnica azul; finalmente completaban el anfiteatro los miembros de túnica verde.

Históricamente, los sabios de túnica gris eran aquellos más ancianos física y mentalmente. Sus ideas conservadoras estaban fuertemente influenciadas por tintes religiosos, y se mostraban reacios a los cambios; su fuerza radicaba en una prodigiosa memoria que se asentaba en el poder de la tradición. En un auténtico alarde de arrogancia, se autoproclamaban los guardianes de la auténtica fe y verdaderos valores del planeta Prymus.

Los sabios de túnica púrpura representaban una clase fuerte, confrontada durante siglos con la facción azul, de ideas igualmente tradicionales, pero que moldeaban sutilmente a sus propios intereses. Sus seis miembros se destacaban por sus grandes dotes de liderazgo económico, liderando con aplomo los mercados y rutas comerciales; no dudaban ni un instante en adoptar una solución extrema con tal de salvaguardar la estabilidad económica. Gracias a sus firmes propuestas, temerarias según la opinión de los sabios de túnica azul, habían conseguido salvar al planeta de una gran crisis económica en un pasado no muy lejano, con lo que la simpatía de los habitantes de Prymus hacia los sabios de túnica púrpura se había visto incrementada considerablemente en los últimos años.

A continuación, el grupo de sabios que vestían túnica azul, a la que pertenecían El-Gorn y el anciano Gair, estaba conformada por una curiosa mezcla de escépticos y creyentes a la vez. Su arma más poderosa, la razón; su fe más inquebrantable, el orden en el cosmos; su esperanza más sobrecogedora, las buenas gentes de Prymus. Mentes de marcada tendencia positivista, sutilmente analíticas y delicadamente abiertas a nuevas ideas, procuraban tanto por el saber como por la felicidad de los habitantes de Prymus. Cuestionaban, hasta el punto de dudar, los valores y la fe que decían defender la facción gris y púrpura.

Finalmente, los sabios de túnica verde eran los encargados de embellecer las almas de los habitantes del planeta. Poetas, músicos y artistas conformaban un grupo selecto que proponía las mejores soluciones para el de-

sarrollo cultural de la población: amantes de la contemplación, degustadores de amplios debates abiertos, muy a menudo no conseguían imponer su voz en el Consejo.

Los veinticuatro miembros del Consejo se pusieron en pie ante la presencia del emperador. Este apartó hacia atrás su túnica dorada cuando se dispuso a tomar asiento en un excesivamente adornado trono, frente a una pesada losa de piedra blanca tallada que servía como mesa, y que ocupaba el centro del anfiteatro hacia donde convergían todas las miradas de los 24 sabios. El emperador, de carácter débil y mezquino, con una mirada socarrona dibujada en sus ojos bobalicones que afeaban aún más su voluptuosa nariz morada, miró de soslayo hacia su derecha, donde tomaba asiento la emperatriz. Ella dejó asomar unas manos delicadas por entre los pliegues de su túnica blanca a la vez que dirigía una grácil sonrisa a los miembros del Consejo; con porte resuelto, toda su fisonomía respiraba comprensión y buen juicio, aquel del que carecía el emperador.

—Ilustre emperador, noble emperatriz, sabios del Consejo; por la luz de Esperión, benefactora de Prymus, ¡que el Gran Consejo de los 24 sabios sea iniciado! —con estas palabras el sacerdote Abt inició el Consejo. Una larga figura, encorvada, envuelta en una tétrica túnica negra que solo dejaba ver una cara fantasmalmente pálida de ojos vidriosos negros, se encontraba de pie a la izquierda del emperador. Con voz templada, extrañamente apaciguadora, inquietante, Abt, el sacerdote supremo de Prymus, continuó hablando—. Hoy nos reunimos aquí

con objeto de tratar, y probablemente solventar unos de los mayores problemas a los que jamás nuestro planeta se ha enfrentado. Es sabido por todos nosotros que una terrible amenaza se cierne sobre Prymus; lentamente se va fraguando un destino tan trágico como ineludible. — El sacerdote Abt era tan buen orador como conspirador. En más de una ocasión había conformado una alianza con la facción púrpura en bien de la fe y en beneficio de sus arcas; ahora además poseía, peligrosamente, la voluntad del emperador, a la que le estaba dando forma para encajarla en sus intereses particulares—. Nuestra venerada estrella Esperión, fuente de vida y riqueza, se está muriendo; ha entrado en su última fase agonizante, fatal para nuestro planeta. Según los científicos, en un período que puede oscilar entre unas decenas y unos pocos cientos de millones de años, Esperión se hinchará como un globo hasta que una terrible explosión expulse una cantidad ingente de gas hacia el medio interestelar, marcando así su final. Pero antes de que esto ocurra, el calor en Prymus será primero sofocante y luego mortal; los océanos se habrán evaporado por completo; lo que en otro tiempo fuera un planeta vitalmente fértil se habrá convertido en un inmenso desierto donde la vida se habrá extinguido totalmente. Finalmente, la gran bola de fuego, en estado de expansión, engullirá al entonces ya inerte planeta Prymus.

El sacerdote avanzó unos pasos hacia el anfiteatro, donde los sabios escuchaban atentamente el funesto presagio que todos conocían de antemano.